



MANUEL AGUSTIN AGUIRRE

LA UNIVERSIDAD ECUATORIANA

LA ENSEÑANZA A TRAVES DE LA HISTORIA

En las comunidades tribales primitivas, homogéneas, unidas por el vínculo de la sangre, con la propiedad común de la tierra y toscos instrumentos productivos, la educación del hombre constituye un proceso fundamentalmente social. El niño, pendiendo de la espalda de su madre, como acontece todavía con los niños indígenas, y luego mezclándose en las tareas diarias de los adultos, recibe directamente del grupo, las creencias y las prácticas de su medio social. La educación la realiza la sociedad misma, y el niño y luego el hombre no son sino una parte íntimamente soldada con ella. Enseñanza dentro de la vida, en la vida y para la vida.

El desarrollo de las fuerzas productivas, la división del trabajo, el cambio, todo lo que hace posible que el hombre produzca más de lo que consume, dejando un remanente del que puede apoderarse otro hombre, determina la aparición de la propiedad de las cosas y los hombres, los esclavos, escindiéndose la sociedad en clases que, unas veces en forma clara y otras embozada, han de luchar a través de la historia. La división de las tareas sociales, que comienza en el organismo comunal, encargando a ciertas personas labores no estrictamente materiales sino más bien de orden intelectual —organización de las actividades económicas, distribución de productos, inspección del riego, administración de justicia, dirección de la guerra—, adquiere luego, con la división de clases y el interés de la clase dominante en subyugar y explotar a la dominada, una separación, cada vez más profunda, del trabajo manual e intelectual, que ha de acentuarse y transmitirse por medio de la educación, que se convierte en el patrimonio exclusivo de los iniciados y gobernantes.

En la antigüedad griega, si nos referimos a Esparta, dentro de una sociedad de terratenientes propietarios de esclavos, a los que habían de mantener sometidos por la fuerza, la educación de las clases altas

tiene que cultivar las virtudes guerreras, para lo cual se somete al joven inclusive a todas las torturas. A los esclavos no se les permite los ejercicios físicos, obligándoles a embriagarse para degenerarlos.

Como sociedad esclavista también, aparte de ciertas diferencias con la anterior, la educación en la unilateral democracia ateniense, capacita a la clase dominante para la sumisión de los esclavos y el gobierno de la Ciudad. La guerra y el gobierno son los objetivos fundamentales. Para Aristóteles, el hombre es un animal político, no social, o sea que sólo el ciudadano era hombre, es decir el individuo que pertenece a la clase dominante. (1).

Por el Siglo V, de Pericles, la nobleza eupátrida terrateniente, comienza a presenciar el ascenso de una nueva clase engendrada por la riqueza comercial, resultado de una mayor producción para el mercado. Se habla de la técnica de los oficios y aún se ha querido encontrar en esta etapa algo del espíritu del siglo de Voltaire. En verdad los sofistas, expresión de la nueva clase, exhiben un cierto individualismo burgués. Para ellos el hombre es la medida de todas las cosas. Hay un anhelo de dar una educación orientada hacia los conocimientos prácticos, las ciencias nacientes, independizándola de la religión. Los jóvenes ricos reciben de los sofistas otro instrumento de poder, la oratoria, que les capacita para la lucha política y los negocios públicos.

La reacción de los nobles eupátridas, conservadores, no se deja esperar. La persecución contra Protágoras, con cuyos libros se hacen un auto de fe, de Anaxágoras y Diágoras, son un ejemplo elocuente. También se confunde, a veces, a Sócrates con los sofistas, a pesar de que se halla al servicio de la aristocracia, por sus diálogos que ponen en militancia a la razón.

He ahí por qué para Platón, que representa a la aristocracia amenazada, el ideal educativo es el de formar guardianes del Estado, que actúen de acuerdo con la justicia, que para él es la armonía social resultante del sometimiento pacífico de las clases a las funciones y virtudes que les corresponden: a los filósofos la sabiduría y el pensamiento; a los guerreros, la fuerza; a los trabajadores, la prudencia, o sea la resignación y el silencio. Trabajar y callar, para que vivan en ocio magnífico los de arriba, respaldados por la fuerza. Lo contrario significaría la insurgencia de los Titanes, de ese monstruo feroz que es la muchedumbre. Aristóteles, para quien la esclavitud está en la naturaleza de las cosas, no concibe el conocimiento, la virtud y el poder político, fuera de la clase dominante.

(1) Aníbal Ponce.—"Educación y Lucha de Clases".

Iguales rasgos, aunque con las correspondientes modificaciones relativas a su devenir histórico, encontramos en Roma. Cultura y educación para los privilegiados, necesaria ignorancia para los sometidos. El saber como instrumento de explotación y de dominio; la separación abisal entre el trabajo intelectual y el material.

La educación medioeval establece crudamente la división entre el saber de los iniciados y el vulgo, pues si se intenta enseñar a las masas en servidumbre, no es para instruirlas sino para imponerles la doctrina cristiana y con ella la conformidad, la obediencia y la sujeción a los grandes señores terratenientes feudales, entre los cuales la Iglesia tiene el más alto sitio. Si se dijera que los monasterios fueron las Universidades medioevales, habría que agregar, aristocráticas. Por lo demás, ya sabemos que el noble si a duras penas aprende a leer, considera la escritura como oficio de mujeres. La guerra era su negocio y para ella se prepara, con la idealización de las virtudes caballerescas. Odia el trabajo y vive no sólo de la explotación de sus siervos, sino del asalto a la riqueza que han creado los de su noble adversario.

Es imposible en un trabajo de esta naturaleza, exponer el desarrollo del capitalismo, que naciendo de las entrañas medioevales y alimentado por el oro y la plata que corre como un río de sangre de América a España y otros países, termina por imponerse en la Europa Occidental; ni cómo la escuela catedralicia engendra la Universidad, que es una de las cartas de franquicia de la burguesía naciente, que busca un medio intelectual más propicio, constituyéndose en la nobleza de toga que había de infiltrarse hábilmente en los principales sitios de la burocracia monárquica, convirtiéndose en su apoyo para la lucha contra la nobleza señorial.

Queremos apenas anotar que el Renacimiento, al encontrar en la antigüedad, que ahora aflora y resurge, el acervo cultural que necesitaba, nos trae el humanismo y la educación humanística, que al mismo tiempo que se opone a la escolástica y la Iglesia, exalta al individuo, la personalidad triunfante, el advenimiento del arte, de la ciencia y el hombre. Pero, ¿de qué hombre? Del hombre burgués. El pueblo continúa siendo para los humanistas un pulpo, "animal de muchos pies y sin cabeza", "monstruo lleno de confusión y errores", "no de naturaleza humana, sino más bien de buey".

El malogrado Aníbal Ponce, en su libro, "Humanismo Burgués y Humanismo Proletario", anota cómo Shakespeare, en la "Tempestad", encarna en Próspero al tirano ilustrado que ama el Renacimiento; en Ariel, ese genio del aire, el espíritu alejado de la realidad, diluyéndose en el azul y que ha de traernos a través de Rodó, nuestro arielismo en la literatura y la enseñanza; y en Calibán, a las masas sufridas, sobre las que se vierten los más duros apóstrofes: "monstruo rojo", "terrón

de barro", "pedazo de estiércol" (2). El monstruo rojo naturalmente no podía ser el hombre. Y este humanismo transformado en humanidades, se ha de constituir en el ideal educativo de las clases gobernantes.

La Revolución democrático-burguesa de 1789, trae una libertad, una igualdad y una fraternidad sólo para una clase, la de los propietarios que pueden comprarlas. A los de abajo no les queda otra libertad que la de venderse diariamente en el mercado o morirse de hambre. La igualdad legal resulta una burla sangrienta al colocársela sobre el telón de fondo de una desigualdad económica insultante; la fraternidad no puede levantarse sobre la explotación.

El liberalismo individualista, que cree en los milagros del interés personal y el egoísmo como impulso económico, en la competencia destructora de selección animal, y en la mano invisible de que nos hablaría Adam Smith, hace del mercado el único centro del mundo. "Dejad al negociante libertarse a sí mismo, se decía, que libertará a la humanidad" (3). El precio y el beneficio se constituyen en los amos del universo: lo regulan todo, lo dirigen todo, lo permiten todo. El oro, como dijo el mismo Shakespeare, vuelve lo blanco negro, lo feo hermoso, lo falso verdadero, lo bajo noble, lo viejo joven, lo cobarde valiente. Se pone precio a la conciencia, a la dignidad, al ideal, el arte, la ciencia. Lo que no es susceptible de oferta y demanda, lo que no tiene precio, no existe en la sociedad capitalista, que no es otra cosa que una aglomeración de mercancías. La riqueza es un bien en sí, y hay que enseñar las virtudes del buen empresario o negociante, que han de salvar a la humanidad.

El desarrollo industrial maquinístico, conduce a la especialización técnica. La educación, sobre todo la superior, se científica y ramifica. El desarrollo de las ciencias hace indispensable su parcelación y fraccionamiento, perdiéndose la visión de conjunto. También el hombre se escinde, cada vez más, se fragmenta y atomiza tanto en el campo intelectual como en el material, ahondándose la diferencia entre el trabajo manual e intelectual. El hombre del Renacimiento, que todavía mira más el bosque que el árbol, como se ha dicho, se transforma en el hombre que sólo mira el árbol y no el bosque, en el cual se pierde. Ya no se enseña y educa al individuo, sino fragmentos de individuo.

En el banquete cultural científico, las masas trabajadoras han tenido que recibir unas migajas, las estrictamente indispensables para que puedan servir a aquellos monstruos relucientes de las máquinas, ya

(2) Aníbal Ponce.—"Humanismo Burgués y Humanismo Proletario".

(3) El Liberalismo Europeo.—Harold Laski.

que por lo demás, como dijera Taylor, el trabajador no tiene necesidad de pensar, puesto que hay otros pagados para eso. En realidad, la técnica de la organización científica del trabajo, que por una parte reclama la necesidad de algún conocimiento en el obrero, por otra, al convertirlo en esclavo de la máquina y no en su amo, automatiza y degrada su inteligencia. De manera que la máquina, en vez de dar al trabajador bienestar y cultura, lo reduce, cada vez más, a la miseria y a la incultura.

La crisis de superproducción, la desocupación, la miseria en la abundancia —productos de la mortal contradicción del sistema capitalista entre una producción que ha devenido social y una apropiación privada, individual— determinan que la racionalización científica de la producción, en busca de una mayor productividad, desemboque, por una parte, en la locura irracional de destruir los medios de producción y de consumo, mientras existen grandes masas hambrientas que no pueden comprar estos productos, ya que no se produce para satisfacer necesidades, sino para el lucro; y por otra, en las grandes guerras imperialistas por la redistribución de los mercados, que ensangrientan al mundo con la destrucción también irracional de millones de hombres y de riquezas. El aprendiz de hechicero no puede controlar las fuerzas que ha desencadenado.

Si la fe en la libre competencia pudo crear una cierta democracia política, expresada en la declaración unilateral de los Derechos del Hombre, el individualismo, la enseñanza humanista y la especialización científica; los grandes monopolios, el gran capital, acosados por el despertar de la conciencia proletaria, crean como superestructura un Estado nazi-fascista, que enseña la técnica de asesinar a los obreros, el odio racial y la destrucción de la inteligencia. "Cuando oigo la palabra Cultura, dice un personaje, pongo la mano en el revólver". Así la burguesía, que en su lucha ascendente contra el feudalismo y la Iglesia dominantes, proclamara con Erasmo, Descartes, Bacon, Spinoza, los enciclopedistas y muchos más, el imperio de la razón, ahora dispara sobre ella, cuando no se envuelve en los ropajes blancos y perfumados de una filosofía mística y penitente. La ciencia, desde las primeras décadas de este siglo, comienza a paralizarse y estancarse, cuando no se la aplica a objetivos bélicos, como aconteciera con la disgregación del átomo, y se vuelve agresiva y peligrosa, porque, perdida su fe en el hombre y la razón, pone sus inmensos medios técnicos al servicio de la reacción inhumana y brutal. La Literatura y el Arte, quizás avergonzados de la realidad, se hunden en el transfugio y la evasión.

Pero frente a todo esto y ante el empuje de las masas trabajadoras, se ha ido formando, al mismo tiempo, un concepto distinto de la

enseñanza y la cultura. Se acentúa, cada vez más, la necesidad de unir el espíritu y la acción, la teoría y la práctica, la inteligencia y las manos, en una justa aspiración de que la cultura no siga siendo el patrimonio de unos pocos, de los privilegiados, sino de todos, porque "cuando a la cultura se la disfruta como un privilegio, la cultura envilece tanto como el oro".

Ni el hombre político de Aristóteles, ni el hombre del Renacimiento, ni el de Rousseau y la Revolución Francesa, ha sido el verdadero hombre, el hombre total, no totalitario, que es indispensable formar. Este hombre sólo puede aparecer cuando el individuo deja de ser esclavo de las cosas y él mismo una mercancía, en un tipo de economía abandonada a las ciegas fuerzas del mercado y el lucro, para elevarse a la racionalización plena de una economía planificada, para la satisfacción de las necesidades de todos, que suprime las clases sociales y con ella la contradicción entre la cultura y el trabajo. Y así la socialización de la economía, que ha de traernos la socialización de la cultura, ha de darnos también el hombre nuevo, completo, el hombre pleno en la realización de un humanismo integral. Entonces vuelve a reconciliarse la esencia social del hombre y su existencia, y la humanidad entra en paz consigo misma.

II

EN NUESTRA AMÉRICA INDIA

Si de Europa pasamos a la América, a nuestra América india, en cuyos pueblos cultos de antes de la conquista, como los maya-tolteca e inca, con los amautas, se ha querido hallar el germen de la Universidad, si se la entiende como un Instituto que enseña "las facultades mayores de la cultura" (4), encontramos también ya aquella separación entre el trabajo e inteligencia, de que hemos venido hablando. Túpac-Yupanqui, para sólo citar un ejemplo, decía que no es lícito que se enseñe a los plebeyos la ciencia de los nobles, para que así "gentes bajas no se eleven y ensucien y apoquen la República; bástales que aprendan los oficios de sus padres, que el mandar y gobernar no es de plebeyos y es hacer agravio al oficio y a la República, encomendárselos a gente común".

La educación, de orden fundamentalmente militar, sin descuidar otros aspectos del conocimiento, ya que por lo menos nadie puede mandar sin ser instruído, es una educación para la élite. "No hay que

(4) Luis López de Mesa.—"Perspectivas Culturales".

enseñar a las gentes humildes, lo que no debe ser sabido sino por los grandes personajes". Pero junto a ello hay una tradición cultural que nosotros no hemos sabido recoger, el de una economía organizada, racionalizada y planificada en sus fundamentales aspectos; el trabajo común sobre la propiedad colectiva de la tierra, que garantiza el bienestar para todos, lo que lleva a Boudín a denominar su tan conocida obra, con el título de: "El Imperio Socialista de los Incas", desorientando a muchos sociólogos, como hemos apuntado en otro trabajo.

El impacto de la conquista española distorsiona el desarrollo normal de la economía y la cultura de América. Se nos impone un coloniaje material y espiritual. Mientras en la Europa Occidental, como hemos visto, ascendía el capitalismo y con él nuevas corrientes de pensamiento civilizador, España, detenida en su desarrollo y aún en retroceso, incapaz de suprimir las formas culturales indígenas, a pesar de haber empleado la pica y el incendio, inserta en ellas o les superpone, instituciones exteriores como el idioma, la religión, el arte, la propiedad privada de la tierra, la moneda, el cambio y el mercado, y con ellas la encomienda, el obraje, la mita y otras modalidades retrasadas, precapitalistas, feudales, semifeudales y aún esclavistas.

El objetivo de los organismos educativos coloniales, no podía ser otro que el de imponer la ideología de los conquistadores a los conquistados, especialmente la religión, convertida, con raras excepciones, en el vehículo más poderoso de explotación y de dominio. Por eso las instituciones culturales de la Colonia, y entre ellas la Universidad, que entonces se gesta, es preponderantemente teológica, clerical y escolástica. Si se enseña algunos clásicos, como un Aristóteles escolastizado, Homero, Ovidio o algún otro, como aconteciera con todo el humanismo de transplante, no se trata de la asimilación de la cultura griega, sino de meros ejercicios de repetición mecánica. Aún los mismos escritores españoles como Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, hay que leerlos de contrabando (5). No es en la Universidad donde se encuentra la ideología que ha de inspirar los movimientos de la Independencia americana, sino fuera de ella. Espejo, ese revolucionario genial, fue un autodidacta, como lo han sido todos aquellos que tuvieron que insurgir contra su medio y sus instituciones, guardianes casi siempre celosos del pensamiento oficial.

La Independencia es la lucha dirigida por la clase terrateniente criolla, un tanto aburguesada, que vetea los nuevos horizontes que se abren con la ampliación del comercio internacional, y que se apoya

(5) Vicente Quezada.—"La Vida Intelectual en la América Española".

en la burguesía europea, especialmente de Inglaterra y Francia, interesada, como aquélla, en quebrantar el monopolio económico colonial español. Como todo grupo o clase que insurge, se esfuerza en que aparezca su propio interés, como interés general, logrando arrastrar ciertos sectores de la clase media y del pueblo, en el campo de la inteligencia y de la acción. La gran masa indígena, es la bestia de carga para los bandos contendientes, que se disputan la hegemonía política necesaria para continuar su explotación.

La nobleza terrateniente criolla, en la lucha con su similar española, ha tenido que encontrar, paradógicamente, sus armas en la ideología revolucionaria que la burguesía europea, en especial la de 1789, utilizara para liquidar a la nobleza feudal. Se comprende, entonces, cómo el ideario liberal-burgués-capitalista, no podía injertarse sino en forma artificial y falsa, en el viejo tronco feudo-colonial, de manera que comienzan a resonar como huecas y vacías, las palabras: republicanismo, libertad, igualdad, democracia, pronunciadas en países feudales y semifeudales, con millones de indios analfabetos y reducidos a la servidumbre. Esta contradicción entre la ideología que proclaman los círculos dominantes y la realidad económico-social, entre la idea y el ser, la palabra y el hecho, considero que es la raíz de la demagogia incurable que padecen nuestros países.

Con la República, la estructura económico-social permanece casi intocada, y con ella las formas culturales y educacionales mantenidas por la aristocracia conservadora, cuya función era precisamente la de conservar el retraso material y cultural de la Colonia. Y, naturalmente, la Universidad que, a pesar de las veleidades científicas de Rocafuerte y García Moreno, —productos de la influencia europea que, roto el monopolio español, empieza a enviarnos con sus capitales, los pocos elementos técnicos necesarios, para explotar mejor nuestras materias primas, transformándonos en semicolonias—, continúa siendo en el fondo escolástica y colonial, y termina por ser clausurada por este último, como foco de subversión, porque el pensamiento es siempre subversivo, cuando no se inclina ante el despotismo.

El ascenso al Poder de la semiburguesía liberal, en la segunda mitad del Siglo XIX, y en 1895 en el Ecuador, trae algunos cambios en la enseñanza, que es la dación de la cultura; pero su falta de fuerzas para transformar de arriba abajo la estructura socio-económica del país, lo es también para modificar, en lo esencial, la superestructura cultural y educativa. Apenas sí se prescinde, entre nosotros, de las enseñanzas teológicas en la Universidad y las lenguas clásicas, aunque el espíritu tradicional, en lo profundo, vive y permanece, pues la ideología liberal que se proclama en las grandes palabras de siempre, libertad, igualdad, democracia, incorporación del indio a la cultura, etc., con-

tinúan en plena contradicción con el mantenimiento del latifundio y sus correspondientes formas de servidumbre.

La primera guerra mundial, guerra de mercaderes por el reparto del mundo; la Revolución rusa de 1917, que enciende nuevas esperanzas; la agudeza de la penetración imperialista, aliada a los grandes terratenientes comerciantes y burgueses, en la tarea de saquear nuestras riquezas naturales y explotar brutalmente a las masas trabajadoras, frente a la complicidad intelectual de una Universidad anquilosada, inmóvil, claustral, encerrada a todos los vientos nuevos del espíritu, ajena a los problemas del mundo, que cultiva la servidumbre de la inteligencia y prepara rábulas y doctores para el servicio de las oligarquías dominantes, en turno, impulsa a la juventud de América a lanzar su grito de Reforma, desde su Cuartel General, la vieja Universidad de Córdoba, en 1918. Esta insurrección intelectual de la pequeña burguesía que ha penetrado en la Universidad, y que mezcla su sangre en las calles con la de los obreros, sellando la unidad obrero-estudiantil, se extiende como una ola, más o menos impetuosa, por todos los países del continente, Uruguay, Chile, Perú, Cuba y también Ecuador.

No necesitamos detenernos aquí, como hubiéramos deseado, debido a razones de tiempo y porque sobre esta etapa han escrito abundantemente los más dilectos espíritus de la juventud de esa época, como Julio V. González, Roca, Del Mazo, Julio Antonio Mella, Aníbal Ponce, Ingenieros, Mariátegui, Haya de la Torre y otros. Muchos de ellos, entre los cuales Haya ha sobrevivido para entregarse al imperialismo y la traición, llegaron a ser verdaderos conductores de la lucha social en América. No se trata de simples reformas legales o reglamentarias, que también las hubo, sino de la transformación profunda, de la orientación y contenido de la Universidad, haciendo de ella no un organismo muerto, sino un ser vivo y palpitante, a tono con las necesidades e imperativos del presente.

Por desgracia, los relativos éxitos que se alcanzaron debido a un retroceso de la reacción y el ascenso del liberalismo radical en muchos países de América, cesaron tan pronto como éste, ante la insurgencia de las masas populares, transara con aquélla, en la llamada Contrarreforma, lo que detiene el avance transformador, permitiendo que el nazi-falangismo hundiera sus garras en la enseñanza, conduciendo a muchas Universidades Latinoamericanas, a una nueva etapa medioeval.

Y hénos aquí, que al final de este apretado y naturalmente incompleto esquema, que ha sido apenas el señalamiento de algunos hitos, nos encontramos en países como el nuestro, que al mismo tiempo que mantienen una estructura económico-social de museo, en el que

coexisten, entrelazadas o superpuestas, todas las formas del desarrollo socio-económico de la humanidad, exhibimos también, un museo cultural, formado de fragmentos o capas superpuestas de distintas culturas, que no han tenido todavía su plena asimilación ni organicidad. Los restos de la cultura indígena, colectivista, se mezclan a los de la cultura individualista y la técnica especializada que nos sirven los Puntos Cuartos.

En un estudio de la estructura económica y social del país, decíamos que un observador atento puede contemplar en nuestras ciudades, cómo "Junto al edificio de pétreas arquitectura colonial se levanta el vuelo desafiante de un semirascacielo, que es la expresión arquitectónica más característica del capitalismo imperialista. Cruzando la callejuela colonial, corre la amplia avenida, y codeándose con el indígena que exhibe su colorida indumentaria, se apresura el hombre moderno, que viste un traje cortado al estilo de las sastrerías de París, Nueva York o Londres. Abigarramiento económico, abigarramiento político, social y cultural. Mosaico y taracea; economía de retazos, de parches y remiendos, de etapas pasadas y presentes, contradictorias y contrapuestas, que no han podido cancelarse ni superarse, y que coexisten y se hacinan en un amontonamiento de siglos. Economía envejecida antes de desarrollarse, aplastada y deformada por la presión de economías exteriores que la subyugan y encadenan. Tipos de cultura que aún no han podido fundirse, asimilarse y unificarse plenamente. Política caótica y desorientada, al servicio de las oligarquías dominantes; democracia de papel y tinta, al margen de las grandes mayorías eternamente condenadas y proscritas". (6).

III

OBJETIVOS DE LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA Y ECUATORIANA

Ante este panorama, tenemos que preguntarnos ansiosamente, ¿cuál debe ser la verdadera orientación y los objetivos de la Universidad Latinoamericana y Ecuatoriana, y en especial de nuestra vieja y querida Universidad Central?

La Universidad, a nuestro entender, tiene que ser el crisol donde se fundan y purifiquen estos diversos estratos culturales, en contacto

(6) "América Latina y el Ecuador.

con nuestra realidad, con un profundo sentido nacional, no naciona-lista, y con miras al desarrollo, transformación y liberación del país, como pueblo y como nación. No se trata de recibir y repetir, sino de asimilar y digerir; ni de cerrar nuestras puertas al mundo, sino de abrirlas de par en par; pero no a la colonización económica y cultural, que signifique sometimiento y servidumbre, ni a las corrientes que ya de vuelta de la razón, quieren instaurar una nueva Edad Media, con su inquisición y sus autos de fe, sino a las corrientes liberadoras del hombre, que están sentando las bases de un humanismo verdaderamente humano, integral.

La Universidad, no puede ya enseñar ni educar para el individualismo liberal excluyente, que exalta el egoísmo y el beneficio, como dioses mayores, y abandona a las fuerzas ciegas del mercado las funciones que miran a la satisfacción de las necesidades más vitales del hombre; ni propagar una cultura basada en las apetencias personales y el tamaño de la riqueza como medida de la personalidad humana; ni mucho menos enseñar y educar para el odio racial ni la intransigencia sanguinaria, que entrena para matar. La Universidad tiene que enseñar y educar para la ayuda mutua, para la cooperación, para la solidaridad, para la sociedad; porque el hombre no es un animal político, ni metafísico, ni económico, ni religioso, sino fundamentalmente social, profundamente social y hay que prepararlo para la sociedad.

La Universidad, no puede estar al servicio de las ideologías caducas, falsas y anticientíficas, que han servido y sirven a los diversos grupos de las clases dominantes, para turnarse, con diverso nombre, en el gobierno de un pueblo eternamente sumido en la explotación y la ignorancia; ni soportar la férula de ningún dogma que encierre y encadene el espíritu. La Universidad tiene que llegar a la autonomía plena, no sólo económica y administrativa, sino cultural, entendiendo la cultura como un producto social que debe servir no de instrumento de dominación y explotación, sino como un medio de liberación, de bienestar y felicidad de las grandes mayorías nacionales. No la Universidad dogmática, sino la Universidad científica, abierta a la comprensión de las nuevas teorías y sistemas; no para introducirlos por la fuerza en los espíritus, sino por medio de la activa militancia, de la discusión libre y la razón plena. Universidad autónoma y libre, que no viva eternamente amenazada por las iras de los déspotas, tiranos y tiranuelos, cuando con valor y dignidad, porque el secreto del valor no está en el coraje sino en la dignidad, se niegue a ponerse incondicionalmente a su servicio.

La Universidad no puede vivir en el pasado sino en el presente y el futuro, el futuro de un pueblo y sus destinos. Tiene que convertirse, a través de sus Facultades, en la verdadera orientadora de la conciencia

nacional en todos sus aspectos. No puede ponerse al margen de los graves y difíciles problemas cotidianos de la Nación, sino sentirlos y vivirlos, aportando, con oportunidad, las más eficaces y mejores soluciones; no puede permanecer indiferente ante la miseria, el dolor y la incultura de su pueblo, porque la indiferencia, la "fétida indiferencia", como se ha dicho, no es sino una forma disfrazada de pertenecer o servir a la clase de los "saciados", de los que tienen todo.

La Universidad tiene que ser popular, no sólo en el sentido de abrir, cada vez más, las puertas a los jóvenes de las clases desposeídas, instituyendo becas especiales para este objeto, preocupándose de la situación de los estudiantes pobres, etc., sino también en el sentido de prolongar su acción cultural hacia las grandes masas trabajadoras del país; pues como dijera Cecilio Acosta, "La luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde"; "los medios de ilustración no deben amontonarse como las nubes, para que estén en las altas esferas, sino que deben bajar como la lluvia a humedecer todos los campos". Si el pueblo no puede ir a la Universidad, hemos dicho y repetido nosotros, la Universidad tiene que ir al pueblo. La enseñanza universitaria ha de popularizarse, lo que no quiere decir mediocrizarse como entienden algunos, porque es del pueblo y tiene la obligación de ponerse a su servicio. La inteligencia sin la acción es una cosa estéril y muerta, y la acción sin la inteligencia es ciega. La Universidad tiene que encontrar en el pueblo los músculos de su acción y el pueblo en la Universidad el instrumento intelectual de su liberación. Hoy que le han nacido al Ecuador tantos líderes que tratan de conducir al pueblo tras de sus intereses de grupo o de círculo, esforzándose por identificarlos, a la sombra de las grandes palabras huecas y vacías, con el interés general, nacional; toca a la Universidad constituirse en el verdadero guía de la conciencia popular, en el verdadero líder indiscutible de su pueblo.

La Universidad tiene que ser cada vez más profundamente democrática, no sólo internamente, sino en la vida pública. No en el sentido superficial y elástico que la irresponsabilidad palabrera confiere a la palabra democracia, hasta incluir en ella lo antidemocrático y totalitario, sino en el que debiera tener por lo menos una correcta democracia política, no ya económica y social, que es la única verdadera democracia. Porque, en verdad, aún en este plano limitado y unilateral, la democracia política no consiste solamente en depositar el voto ciudadano como piensan algunos, sino en que tras de ese voto exista una conciencia política y doctrinaria, que actúe en función de un programa basado en principios y en auténticas realizaciones. Y esto es precisamente lo que falta y por lo que la función electoral se ha convertido en un simple mercado de votos obtenidos de cualquier manera

y a cualquier costo; y a ello se debe también la inestabilidad gubernamental, levantada no sobre mayorías políticamente conscientes, sino formadas artificialmente, que se desperdigan con la misma facilidad que un montículo de arena. La democracia electoral está viciada no sólo por falta de libertad, debido a las presiones económicas, religiosas y estatales; no sólo por el analfabetismo que afecta al 50% de los ecuatorianos, que no saben leer ni escribir, sino también por el analfabetismo político de grandes sectores que votan sin la educación y la conciencia necesaria para ello. Si los Partidos Políticos, que tenían la misión de educar políticamente a las masas, no pudieron hacerlo, toca a la Universidad realizar esta función importantísima y fundamental, si se quiere que la llamada democracia llegue a ser un ejercicio ciudadano y no un mercado electoral.

La Universidad, entonces, tiene que hacer política, pero no, asimismo, en el sentido vulgar que se da a la palabra (y perdonad que en esta orgía palabrera en que vivimos, haya que aclarar siempre el sentido de las palabras), sino en el científico y auténtico de POLITICA, con mayúsculas, como concepción y ciencia del Estado; no en el concepto, repetimos, de bandería o comité electoral, sino en el de formar a los hombres que deben servir en las funciones administrativas del Estado y al pueblo que ha de elegirlos. Así la función de la Universidad es doble: formar al estadista capaz, pues no hay que olvidar que la incapacidad política conduce al despotismo criollo, al administrador honrado, al funcionario responsable, al técnico eficiente; pero también al ciudadano que ha de ejercer con plena conciencia sus funciones políticas. "Si el pueblo es el soberano, hay que educar al soberano", decía ya Sarmiento. Y si al árbol se lo conoce por sus frutos, no creo que la Universidad pueda estar satisfecha de estos dobles resultados. Es indispensable el funcionamiento de una alta Escuela de Ciencias Políticas, adscrita a la Facultad de Jurisprudencia, independiente de la Escuela de Derecho, y que diera la profunda cultura política que necesitan quienes pretendan servir al país, no servirse de él, desde los más altos sitios de la Nación. (*).

La Universidad tiene que enseñar y educar para la verdad y formar el carácter para decirla sin temores. La verdad para la vida y la vida para la verdad. Ya el gran José Martí, el maestro de América, nos enseñaba, en frase que gusto de repetir: "Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado".

(*) Recogida esta sugerión, ha sido creada la Escuela de Ciencias Políticas, que funciona adscrita a la Facultad de Jurisprudencia, Ciencias Sociales y Políticas.
N. del E.

Hemos vivido y estamos viviendo en un ambiente de falsedad, de farsa y de mentira. Sólo la verdad, la verdad y el carácter para mantenerla, puede salvarnos; sólo ella puede darnos los hombres de principios que necesitamos. La inteligencia sin principios y sin carácter, es siempre una amenaza real o latente para la sociedad; es ella la que está dispuesta a los bajos menesteres demagógicos; es ella la que traicionando a su pueblo, se vende a las oligarquías ignaras que lo oprimen, por dinero, por vanidad, por temor o por ambición de poder. Ilustremos y eduquemos, a la vez, para que la inteligencia cumpla su rol fundamental de acercarse a su pueblo, sin reticencias ni traiciones.

La Universidad tiene que enseñar y educar para la ciencia. Sólo el conocimiento científico ha de libertarnos de la ignorancia, fortaleciendo nuestro espíritu; sólo él ha de aventar el fantasma de los prejuicios ancestrales y las tinieblas del error; sólo él puede darnos una concepción clara y real del mundo, sin nieblas ni mixtificaciones. Pero es necesario no olvidar que la ciencia no es una cosa inmóvil, sino actuante, en continuo proceso de desarrollo y superación; que no hay verdades absolutas y eternas que paralicen el espíritu, porque la única verdad permanente es la de que todo cambia y se transforma; que el único camino para llegar a la ciencia, no es la intuición ni las revelaciones, sino el de la razón; que el conocimiento viene de la experiencia y de la práctica del hombre sobre su medio, naturaleza y sociedad, y que sólo con la experiencia y la práctica se comprueban. Esto es tanto más importante al tratarse de las ciencias económicas y sociales de países subdesarrollados como el nuestro. La ciencia y la técnica que nos vienen de fuera, tienen que ser como si dijéramos repensadas y aplicadas a nuestro medio y a nuestra realidad nacional, para transformarse en verdadero conocimiento. Es un tremendo error el creer que se pueda transplantar mecánicamente la técnica de países superdesarrollados, supercapitalistas, a países subdesarrollados, precapitalistas, sin la adaptación ni el reajuste convenientes; lo contrario sería como si un enano, tratase de vestir, sin composturas, la casaca de un gigante.

Por otra parte, hay naciones que hacen de la ciencia un objeto de propiedad privada y monopolio, y la conceden como un don, cuando no la utilizan como un medio de dominio y explotación de otros países. La ciencia es un patrimonio universal y no pertenece a determinada nación, raza, clase o grupo, sino a la humanidad; la ciencia no tiene que ser un instrumento de muerte y de sometimiento, en las manos de los poderosos, sino de liberación de todos los pueblos del mundo. Por eso no creemos en la ciencia por la ciencia ni en el arte por el arte, ni en la ciencia y el arte neutrales, que pueden servir para sanar o matar, para el bien o el mal, para la guerra o para la paz, sino en la

ciencia y el arte militantes, comprometidos en la lucha por la justicia, la redención y el bienestar de todos los hombres.

La Universidad tiene que enseñar y educar para la investigación, orientada especialmente hacia el conocimiento de la realidad ecuatoriana. Tenemos que redescubrir al Ecuador y a nosotros mismos. Hasta no hace mucho ,hemos de decirlo con franqueza, el desconocimiento de nuestra realidad hasta constituía un orgullo, pues resultaba inteligente y culto, recitar de corrido la historia de Francia, por ejemplo, pero desconocer totalmente cómo han vivido y viven nuestros indios. Mucho de lo que se ha escrito sobre la realidad del país, se lo hizo sobre la base de conjeturas y adivinaciones, a las que son tan inclinadas la pereza intelectual y la falta de espíritu científico, o acudiendo a la cita del libro foráneo y superficial o la declaración periodística del último extranjero que gastara en el Ecuador sus veinte y cuatro horas de turismo. Felizmente esta etapa casi ha terminado. Toca a la Universidad movilizar todas sus fuerzas hacia la investigación de la realidad del país en todos sus aspectos. Nosotros sabemos que el camino es difícil; que el anhelo es siempre superior a los elementos de que dispone; que todavía hay resistencia en nuestro medio a esta clase de trabajos, pues la tradición los considera costosos e inútiles; que el descubrimiento de la verdad escondida en el fondo de nuestros problemas y cubierta cuidadosamente por los grandes intereses privados, hace que toda investigación científica y honrada aparezca como detonante y subversiva; pero la Universidad tiene que cumplir con el deber, el sagrado deber, de entregar a las nuevas generaciones un Ecuador verdadero, no imaginario, con su realidad desnuda, por dura y lacerante que ella sea.

La Universidad, se ha dicho reiteradamente, no tiene que formar simples profesionales ni caer en las redes de una especialización unilateral y aislante, sino atender, en todo caso, a que el profesional o especialista se levante sobre la base firme de una cultura fundamental, que lo ponga en contacto con todos los problemas del mundo, y la asimilación de ciertos valores humanos básicos, como el amor a la verdad, la justicia, la dignidad, la honradez intelectual, el sentido de responsabilidad. En el Ecuador hemos vivido en cierta forma a merced de la gran estafa intelectual y moral, que es para mí la peor de las estafas; la simulación moral y la simulación del conocimiento, han sido dos tremendas lacras, junto con la irresponsabilidad palabrera. Fingir conocimiento con una erudición embrollada o de segunda mano, o alardear falsamente de honradez acrisolada, han sido las muletas que han hecho caminar y correr al oportunismo contrahecho, que ha desplazado y muchas veces hundido al verdadero hombre de valor, en la ciencia, el arte, la política o la literatura. Enseñemos y eduquemos

para el conocimiento serio y responsable; para la modestia científica; para la moral profundamente humana, no la hipócrita y vanidosa de un bien siempre prometido y jamás realizado; para la dignidad, que mantiene al hombre enhiesto como una bandera; para la palabra leal y libre, pero jamás para la verborrea insustancial, irresponsable y detonante.

La Universidad tiene que seleccionar, elevar y dignificar, cada vez más a sus profesores, procurándoles los medios necesarios para que puedan dedicarse a la investigación y la cátedra, sin cuidarse de otros menesteres indispensables para completar su subsistencia. Es necesario que lleguen a tan altos sitios, sólo aquellos que han demostrado capacidad, vocación, constancia, abnegación y sacrificio. Hay que impedir que la Universidad pueda burocratizarse, en el sentido de que el Profesor se sienta un simple empleado, encargado de cumplir ciertas funciones, en vez del maestro de juventudes y forjador de las nuevas generaciones, a las que debe enseñar no sólo su ciencia, sino educar con el ejemplo de su vida, su elevación moral y su calidad de hombre. No se trata de transmitir simples conocimientos que han de ser repetidos mecánicamente por el joven universitario, sino de capacitarlo y entrenarlo para el pensamiento propio y original, para la creación profunda y personal, a la que no llegan las inteligencias domesticadas. Nada de exaltaciones o humillaciones innecesarias, de preferencias o favoritismos que hieran la personalidad del alumno o lo acostumbren a medrar, olvidándose de los auténticos valores que engendra la capacidad, el estudio, la responsabilidad y el cumplimiento del deber. Antes que confiar en las pruebas reglamentarias de nuestro sistema de exámenes, que necesita una profunda revisión, el Profesor debe basarse en el conocimiento de la personalidad de sus alumnos, sus capacidades y limitaciones, el trabajo cotidianamente realizado, la asimilación consciente de los conocimientos, etc.

En fin, el Profesor tiene que aspirar a ser un espejo en el que pueda mirarse su discípulo con orgullo, no sólo cuando lo es, sino mañana, cuando sea hombre, cuando sea viejo.

La Universidad tiene que preocuparse, cada vez más, del estudiante. El alumno no debe ser considerado, he dicho ya otras veces, como una simple ficha en un fichero, un nombre en una lista, concepción simplemente policial, sino como un ser enormemente complejo, lleno de posibilidades y problemas: familiares, sexuales, de trabajo y subsistencia, vocacionales, de salubridad, estudiantiles, etc. La juventud es la época de dura brega por llegar a una concepción real del

mundo, por situarse frente a las cosas que nos rodean y solicitan; anhelo de pensarlo todo, comprenderlo y sentirlo todo; pero también prepararlo y organizarlo todo: un carácter, una conducta política, una carrera, una familia; edad heroica de negación y afirmación, de fuerzas contenidas que quieren actuar; generosidad, entusiasmo, coraje; época magnífica para las grandes realizaciones, pero también para los grandes errores. (7). El joven en estas condiciones no puede quedar abandonado a sí mismo, angustiado y casi solitario. No es en el hogar donde quizás pueda encontrar comprensión y explicación de sus problemas, sino en la Universidad. Es indispensable crear estos medios especiales de dirección y consulta estudiantil, existentes en otras Universidades, a fin de cumplir con esta tarea fundamental en la educación y formación del estudiante.

Pero si la Universidad tiene altos y graves deberes para con el estudiante, el estudiante los tiene también para con la Universidad. El estudiante tiene que entregar a la Universidad todo su ser: no sólo su entusiasmo juvenil, ni su magnífica inquietud necesariamente renovadora, que impide la inmovilidad y empuja hacia adelante; sino también su voluntad diaria de estudio, su firmeza en el trabajo, el sentido de responsabilidad en el deber cumplido. Su objetivo no debe ser la tarea fácil, el éxito formal de una calificación que le permita pasar el año, sino el conocimiento real, no simulado; la asimilación profunda, no superficial, que lo capacite verdaderamente no sólo para ser un profesional prestigioso, sino un verdadero hombre de ciencia al servicio de su país y de su pueblo. El camino no es fácil. Ya decía Roustand: "El educador no es más que un charlatán si nos disimula esta dura pero sola verdad, de que en materia de educación sólo lo que cuesta esfuerzo es realmente de provecho". Es cierto que en nuestro medio el triunfo no es siempre para el que más sabe y el mejor preparado, y que el arribismo irresponsable surge a cada paso imponiendo su mediocridad; pero quien sigue el camino más fácil, quien se adapta a lo falso y corrompido, todo puede ser menos un hombre.

Nosotros sabemos que la Universidad, en sus nobles afanes, enfrenta muchas trabas y limitaciones; que los enemigos de la ciencia y de la cultura, se levantan airados por doquier; que no le es fácil llenar su alta misión en un medio hostil a la rectitud del pensamiento y la palabra; pero creemos también que ella tiene que luchar contra ese medio, para

(7) "Juventud de América".—Gregorio Bermann.

transformarlo y transformarse; creemos en el poder de las ideas cuando encienden la conciencia de un pueblo, y creemos en su misión de libertad y de justicia.

Estas son las palabras que constituyen mi homenaje, modesto y sincero, a la gran Universidad Central del Ecuador, en el día de su Aniversario. (*).



(*) Discurso de orden pronunciado por el Sr. Dr. Manuel Agustín Aguirre, entonces Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, en el Día de la Universidad Central del Ecuador, en el año de 1957. N. del E.